

ción. Con la realización del acto amoroso bien pudiera pretender -como apunta el protagonista- "atravesar la oscuridad y prevalecer sobre los designios de la muerte." O puede que también sea -como expresa en otro punto- el último impulso "hacia un cierto abismo".

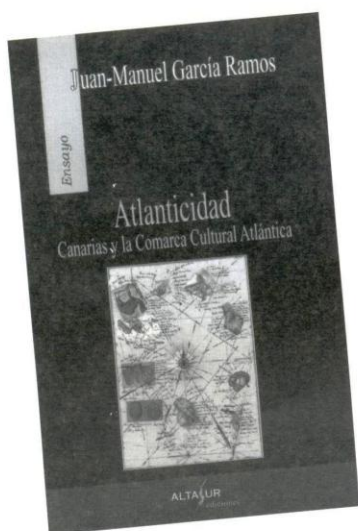
En todo caso se mantiene la incertidumbre hasta el mismo punto final. Bien pudiera valer

para *La noche enterrada* la idea que el propio autor pronunció para expresar el pensamiento que animara su primera novela, *Nacaria*: novela como una original parábola que oscila -dijo- "entre la fascinación de los espejismos y la desolación de la derrota. En cualquier tiempo y en cualquier geografía. En el fatal cumplimiento, tanto individual como colectivo, de un destino siempre incierto."



La comarca atlántica de Juan Manuel García Ramos

JUAN JOSÉ DELGADO



Canarias y la atlantidad" fue uno de los textos incluidos en el número especial que la revista *Quimera* (nº 153-154) dedicara en 1997 a Canarias. Su autor, Juan-Manuel García Ramos, manifestó allí que "por la mitología, la historia y la literatura y la cultura en general, Canarias pertenece a una comarca no estrictamente española sino atlántica". Sirva la frase como antecedente del libro *Atlantidad. Canarias y la comarca cultural atlántica*. Otros libros jalaron también esa línea de pensamiento, así: *Ensayos del Nuevo Mundo*, en 1993; *Por un imaginario atlántico. Las nuevas crónicas*, en 1996; o *Prosas Atlánticas*, en 1998.

¿Qué de nuevo ofrece *Atlantidad. Canarias y la comarca cultural atlántica*? Por lo pronto, y como el propio autor indica en el prólogo, éste continúa siendo un estudio en ciernes. Un ensayo en el que Juan-Manuel García Ramos selecciona textos a los que pone como estribo para montar un pensamiento que acarree beneficios colaterales a la idea de una atlantidad que necesita ser delimitada y definida en sus propios términos.

Con este objetivo toma posición ante el inmediato espacio insular. Un espacio que ha sido percibido, sentido y definido de manera diferente a lo largo de la historia. Hasta el descubrimiento del continente americano, Canarias era conocida por su situación en el extremo del mundo occidental conocido. Un haz de mitos clásicos y medievales de origen mediterráneo la hacían doradamente reconocible: Islas de los Bienaventurados, Campos Elíseos, Jardín de las Hespérides, en definitiva, islas helenizadas. Se suman, además, los mitos aborígenes de los que se desprenden una correspondencia temática con aquellos otros, y que constituyen la materia fundacional (así: Cairasco de Figueroa, Viana).

La mirada insular ha estado orientada invariablemente hacia el norte, hacia su origen cultural mediterráneo; y lo ha hecho como si una especie de necesidad le reclamara ese punto de referencia con el que ganar la tan buscada carta de identidad. Ha sido, acaso, una suerte de conjuro, si se quiere, al que se ha acudido como un modo de sentirse localizado, reconocido por los otros y a buen resguardo. De ahí que

no sea extraño que creadores y críticos se hayan ocupado de averiguar lo que define esencialmente la literatura insular. Como autoridades hay en este punto, puede recurrirse a una de esas autoridades. Por ejemplo, a Pedro García Cabrera, poeta del grupo de *Gaceta de Arte*, quien ya en 1930 alude a esta cuestión en el artículo “El hombre en función del paisaje”. Un texto demasiadas veces llevado a la era y que, trillo tras trillo, ha ido desgranando unas cuantas ideas que procedían también de otros nombres y escritos. Ahí estaba, escribiendo para el caso, fray Luis de León, un escritor de llanura que cuando contempló el Mediterráneo, habló de “tendidos mares”. Aquel poeta renacentista cargaba en su conciencia —decía el poeta gomero— la quietud de la meseta, y esa apacibilidad la transfería al mar. Si la visión original amolda cualquier nueva visión, otro poeta renacentista, el canario Cairasco de Figueroa, pone al Atlántico como préstamo imaginativo para concederle al cerrado Mar Mediterráneo el atributo de “hondo lago”, una expresión que viene de una mirada oceánica. Cairasco le confiere una hondura que más está en su extensísimo Océano Atlántico que en el recoleto mar referido.

Esta toma de conciencia del espacio tiene precedentes hegelianos: el espacio existe en nuestro pensamiento; los contenidos de la percepción quedan grabados en nuestro espíritu, determinan nuestro modo de mirar y los consecuentes resultados interpretativo y significativo de esa mirada. Su realidad esencial viene a ser la objetivación del espíritu humano. Con este presupuesto, los volcanes y el mar de los insulares, por ejemplo, determinarían el modo de ver el mundo y de sentir la vida.

Juan-Manuel García Ramos, en éste, así como en los anteriores libros referidos, ha ido a ocupar una posición bien distinta. Parte de la idea de que el entendimiento no se puede basar en la mera sensación o percepción. El conocimiento se adquiere a través de su propia producción: es un hacerse constante, por lo que se le debe apreciar no tanto como una realidad física, cuanto como un hecho histórico alojado en un complejo proceso histórico; es decir, como un elemento implicado en una más amplia dimensión. En consecuencia, su definición no puede quedar desvinculada del conocimiento de la totalidad. De ahí que el autor de este libro empeñe su voluntad en garantizar el descubrimiento del sentido pleno de lo insular dentro de la conformación de una denominada “comarca atlántica”. La identidad así concebida no puede entenderse como una abstracción ni como una idea inmóvil, sino como la viva articulación de un elemento activo en un conjunto igualmente dinámico. El concepto de identidad lo determina un haz de relaciones y no la quieta contemplación de un inmueble territorio.

Roa Bastos, en “El texto cautivo”, artículo publicado en 1982, enlaza con esta idea de una identidad que es “unidad-en-continuidad” de un

complejo caracteriológico que reconoce su ser en su quehacer; los rasgos de su personalidad física y espiritual en sus proyectos, logros y fracasos [...]. Es decir, negándose a la aceptación pasiva y atónita de las culturas dominadas”. Juan-Manuel García Ramos transita por análogos caminos de pensamiento. Pero para alcanzar las fronteras que definen el espacio total de la denominada “comarca atlántica”, antes se han de precisar los elementos que la componen, así como ponerle límites y separarla de aquellos otros espacios que le sean extraños. En consecuencia, el libro se inicia con una cuestión que es necesario dilucidar. Y se lanza abruptamente con un primer texto expresivamente interrogador: “¿Canarias es África?”.

Juan-Manuel García Ramos pretende la definición de unas canarias archipiélagicas en virtud de una delimitación perimétrica. Sus fronteras, pues, son de naturaleza inequívocamente marinas. Se quiere con ello, por principio, adquirir una identidad territorial para, en una segunda instancia, pasar a calificarla. Esa calificación entraña una polémica al cruzarse en el asunto dos realidades: la física o geográfica y, por otra parte, la cultural. En resumen: ¿Canarias es África? Juan-Manuel García Ramos zanja la cuestión: “Canarias no es África en términos absolutos”. Canarias no puede asimilarse al medio continental africano. Y proporciona varias razones: geográficamente Canarias ofrece una oceanidad que la separa de África y la aproxima a América; en cuanto a la geografía humana, ni su población, ni su cultura ni su religión pueden asociarse al continente vecino. Por todo lo cual alcanza una conclusión: “Canarias —expresa— ha de profundizar en su atlanticidad como rasgo geográfico y cultural y politizar esa diferencia hasta donde sea posible”.

Enlaza en el punto de la politización, aunque de índole muy diferente, con la idea que animara el regionalismo en los comienzos del siglo XX. Aquel pensamiento viene a decir que en ocasiones los países deben politizar sus peculiaridades culturales con el objeto de proyectar mediante la cultura un ideario político. Ángel Guerra, en un artículo de 1908, “El regionalismo literario en España”, hace una defensa del regionalismo. Influidor por el regionalismo catalán, al que propuso como modelo pleno y ya logrado, entendió que lo peculiar de Canarias tendría que armonizar con el conjunto, España. Proponía a la literatura como punto de partida y como instrumento para potenciar y comunicar el espíritu singular de región que, una vez alcanzado y cargado ya de fuerza, invadiría la esfera política y el orden económico.

Juan-Manuel García Ramos se sitúa en una muy distinta posición. Le interesa y cuenta con el espacio social o humano que no puede constreñirse a una aislada geografía insular, pues concibe a Canarias como una realidad total y en continuo movimiento. Parte de dos supuestos;

primero: Canarias es un conjunto que forma parte de un conjunto de mayor dimensión: la comarca atlántica. Y segundo: ese complejo espacio múltiple va a ser el objeto de estudio y de conocimiento a través de diversas disciplinas, varias de las cuales fueron tratadas en anteriores libros, en tanto que algunas otras se incorporarán en éste de ahora. En definitiva, que comparecen las crónicas, la historia, la novela, la geografía, la poesía, el ensayo, la política, la filología. Y todo ello va tejiendo en el libro una idea que es propósito y meta: el descubrimiento de la atlanticidad.

Cuando Juan-Manuel García Ramos ofrece sus cuatro siguientes capítulos, “Más Atlántica”, “La atlántica (de Canarias)”, “Las culturas del mar” y “¿Arcas o carabelas?”, parte de un postulado: la atlántica es “el sedimento de civilización y cultura”. Este sedimento lo constituyen los hechos y experiencias históricas que se han ido depositando en el fondo de la conciencia; forman parte ya de la memoria colectiva. Se crea, con todo, un imaginario cuyos ingredientes proceden tanto del cauce de la historia, así como, según expresa García Ramos, provienen también de la literatura, especialmente de la narrativa.

Antonio Rumeu de Armas, que prologa el libro de Juan-Manuel García Ramos, *Por un imaginario atlántico. Las otras crónicas* (1996), refirió una anécdota en donde se advierte el papel de la historia y de la literatura. Es la siguiente. Cuando, en el “Congreso de Historia de las islas del Atlántico” (1995), uno de los presentes invitó a los participantes allí reunidos a que huyeran de la fantasía (“porque si no –sentenció– la historia se convierte en novela”), la respuesta discrepante del autor de *Atlántica*, no debe entenderse como la reacción de un novelista molesto, sino la de un ensayista, la de un estudioso de la cultura, el cual sitúa al género novelístico más allá de la mera ficción. Juan-Manuel García Ramos le concede a la novela el ser el continente de una nueva experiencia y una nueva forma de conquistar la realidad. Y en efecto, en aquel libro, *Por un imaginario atlántico*, el autor polariza los textos, objeto de análisis y reflexión. Divide en dos las partes del libro; cuenta con las primeras crónicas de indias como escritura que relata hechos significativos del descubrimiento y la conquista, germen definidor de la americanidad. En capítulos sucesivos pasa a nombrar a cuatro autores que apoyen su tesis con sendas obras: Alejo Carpentier, Abel Posse, Augusto Roa Bastos y Antonio Benítez Rojo; de este último merece aquí apuntarse el título de su novela, *El mar de las lentejas*, por ser esta obra una referencia recurrente e importante en la tesis de la atlántica. En resumen, cuatro novelas con las que se podría rehistoriar hechos que, en cualquier caso, van a dar al gran mar de la atlántica, depósito de un imaginario en donde la insular Canarias se abre a un imaginario antillano en un movimiento de flujo y reflujo incesante.

Pudo aquel citado libro apuntar ya y mostrar la conformación de una “literatura de frontera” en un ámbito compartido y asentado en la memoria personal y colectiva.

El origen puede venir de África, pero el tiempo, la historia que ha estado definiendo y definirá “la conciencia nacional canaria –expone García Ramos– nace al calor americano”. Y así lo expresa, porque entiende que esa memoria colectiva la comparten otros pueblos anclados al mismo océano, participen o no, de una lengua común.

La atlántica se apoya en sensibilidades que tienen la virtud de proporcionar mitos equivalentes. Por este motivo toman presencia en este libro autores como V. S. Naipul o Claudio Magris o Derek Walkott o Charles Olson o Paul Auster, quienes comentan o sugieren una común territorialidad de Canarias y de América: escritores universales que dejan a su literatura la tarea de reinterpretar el abrazo que unimisma culturas diferentes.

Hispanoamérica es un vasto subcontinente al que le corresponden cinco comarcas culturales. En una de ellas, El Caribe, se integra, si no todos, la mayoría de los escritores nombrados.

Aceptar este punto conlleva la aceptación de un nuevo concepto: el concepto de *lugar* como una franja del espacio total. Obliga esto a entender el mundo como un sistema conformado por sistemas interdependientes; es decir, no se concibe como suma de elementos sino como conjunto de relaciones, de funciones y de formas que testimonian una historia que se ha ido procesando desde el pasado y se mantiene en constante dinamismo y como un potente campo de energía.

Juan-Manuel García Ramos se planteó al principio del libro una pregunta: ¿Canarias es África? No es la única interrogación. Porque hay otras cuestiones: una de ellas tendría que considerar si el Caribe es prolongación o no del Océano Atlántico, ¿su historia se reduce a su medio natural? A esta pregunta han de responder la historia y la literatura, no el medio geográfico en exclusividad. Expresa el autor que el Caribe tiene “sus centros” localizados en la Europa Preindustrial, en su prehistoria; “en las regiones subsaharianas de África y en ciertas zonas insulares y costeras del Asia meridional”. Canarias entra en esta “comarca atlántica” pues presenta con la caribeña una naturaleza afín con respecto a Europa, además de disponer de un imaginario compartido por la historia y la literatura.

Una historia que nunca podrá completarse al ser una línea inacabada, siempre en constante hechura, “el cuento de nunca acabar” –en expresión tomada del historiador francés, Fernand Braudel, citado en más de una ocasión. Por eso se le encomienda a la literatura llenar ese espacio en blanco, completar y enriquecer significativamente esa historia que se ha quedado entre renglones. Le concede a la literatura aportaciones de distin-

ta procedencia: algunas ya habían sido comentadas en *Por un imaginario atlántico*; pero añade otras referencias literarias que testifican en favor de la existencia de esa franja canario-americana.

Y se presentan los nombres de los primeros siglos de la común historia y que dieron lugar a la fundación de las literaturas nacionales de Cuba (Silvestre de Balboa), de Brasil (José Anchieta); o cómo continuaron en esa brega autores como Aurelio Pérez Zamora, Nivaria Tejera, José Antonio Rial... O cómo expresaron ese universo familiar novelistas de la otra orilla: Zoé Valdés, Carlos Fuentes, Herberto Padilla... Todos, en suma, tienen al Atlántico como vínculo entre Europa con las costas caribeñas, y a Canarias como un punto especial de referencia.

La Atlánticidad es el libro de un profesor universitario, de un novelista, de un periodista, de un político. Las diversas facetas se acompañan de un sólido fundamento expresivo y comunicador. En este sentido no es de extrañar que Juan-Manuel García Ramos le asigne una atención principal a la lengua que, en algunos capítulos, se sitúa como tema protagonista. Varios son los apartados que se subordinan a este centro de interés: "Losotros, nosotros" (texto de su Discurso de ingreso en la Academia Canaria de la Lengua), "Un diccionario para conocernos mejor" (texto de presentación del *Diccionario de expresiones y refranes del español de Canarias*) y "Texto y contexto del *Romancero guancho* de Diego Crosa y Costa" (Prólogo a la edición de *Romancero guancho*). Juan-Manuel García Ramos parte de una convicción: la lengua es la piedra angular de un pueblo pues sólo a través de ella se crea y se capta el imaginario mediante el cual podrá mostrarse la visión del mundo. Porque cualquier brote del lenguaje se expande y se integra en una triple relación: con el yo hablante, con el "otro" (interlocutor) y con el mundo. Juan-Manuel García Ramos cuenta con una idea posible: toda expresión hablada, toda modalidad expresiva se orienta al entendimiento. Una frase, un modismo, cuando se aísla con el propósito de servir como base de reflexión, podrá ser entendida como el fruto logrado después de un largo complejo de experiencias. Así el refrán: un enunciado cuya validez ha pasado la prueba del tiempo en una comunidad; una colectividad que comparte un mismo medio natural y que se halla sujeto a circunstancias y situaciones comunes, y a la vez singulares. Se encierra en breve frase una experiencia colectiva; viene sin dueño conocido, precisamente para que las experiencias vitales se conviertan en conocimiento y figuren como caminos reconocibles en el ancho continente de la memoria colectiva. O a veces, nacen de repente, delante de nosotros, espontáneas, descuidadas, instintivas. También a ellas Juan-Manuel García Ramos quiere sacarles punta, y toma la expresión que vino de fuera y acaba subjetivándola, acercándola al cen-

tro mismo de sus vivencias. Y medirá y teorizará sobre el significado. Y al cabo de ese proceso reflexivo, deducirá el tipo de ámbito que ha espolado a la conciencia para lograr ese modo de decir las cosas.

Juan-Manuel García Ramos confía en la voz popular; tal como un poeta confía en la natural sencillez con que la palabra viste a la belleza y a la sabiduría en la mente del pueblo. Porque, como diría el poeta, J. R. J.: "El pueblo es principio y fin [...] es principio unido al fin, es eternidad [...] La cultura no es eterna, es eterna la intuición. El pueblo es la intuición [...] Todos sospechamos siempre que el pueblo tiene la verdad, sabiéndolo o sin saberlo".

Por esa razón Juan-Manuel García Ramos sabe que el lenguaje no puede quedarse entre las peñas del lenguaje; que el autor ha de salir en su busca, lo que quiere decir que sale en busca de la *vida* que dio nacimiento y cuna a la expresión; de ahí que tanto se interese por la voz de los refranes, de los "dichos", de esas raíces expresivas que son auténticos condensadores de experiencias, vivencias y sentimientos. La gente del pueblo los tiende en su cuerda como piezas limpias. En ocasiones las recoge para hacer de aquellas voces de ayer resonancias de hoy. El autor le confiera también una presencia luminosa en los caminos futuros.

El autor ha ensartado en *La Atlánticidad* doce capítulos. Cada uno de ellos resulta ser la pieza autónoma de un collar que ha ido rodeando y definiendo la ya denominada "comarca atlántica". En resumidas cuentas, sobre cuatro cuestiones se han asentado los pilares de esa viva corriente. Algunas de ellas demandaron el debate, la confrontación, la pregunta: así se han desplegado ante nosotros cuestiones relativas a la geografía, a la historia, a la literatura. Se incluyó una cuarta cuestión que se volvió elemento definidor: la lengua; la lengua como un formidable valor activo para tomar conciencia de las demarcaciones y los límites de nuestra realidad.

Escribió Roland Barthes que quien busque escribir con exactitud ha de trasladarse a las fronteras del lenguaje. Y subrayo fronteras porque esa palabra, contextualizada, supone poner al hablante en frente del lenguaje. Es el modo que conviene cuando se pretende comunicar con los otros. En esa posición frontera creo haber visto, en este libro, a Juan-Manuel García Ramos, quien, a buen seguro, estará ideando futuras incursiones en las aguas de ese imaginario común.

